

# LA NIÑA DESCONOCIDA

SEUDÓNIMO: ZAZA

No recuerdo bien su cara. Me costaría identificarla. Recuerdo de ella su pelo rizado, con preciosos tirabuzones como el oro, su sonrisa, sus carcajadas, sus manos inquietas, nerviosa, sus colores en su cara cuando algo no le salía bien.

Era esbelta, saltarina, sus carcajadas se oían en el jardín y se identificaba rápidamente su grupo de amigos.

A veces respiraba fuertemente como si hubiera participado en una carrera atlética, se agobiaba.

Cuando descendía del autobús escolar, después de su larga jornada, su cara no denotaba felicidad, ¿acaso no la habían tratado tan bien como era de esperar?. Su cara estaba triste y contrariada. Eso sí, nunca lloró, nunca emitió una queja o un insulto hacia alguien.

A los libros les rozaba con miedo. Sus profesores se saltaban su nombre de la lista, muchas veces. Al leer tropezaba con alguna línea, con alguna sílaba porque con la mirada del profesor, fuera la materia que fuese se sentía fulminada. Se paraba y ya no sabía seguir, se había pasado el turno. Alguna vez lo comentaba a sus padres, principalmente cuando llegaban las notas. Sus esfuerzos no daban fruto y se agotaba.

En la vida cotidiana, cuando llegaba la hora del estudio era una lucha agotadora, hasta deprimente, porque pasaban los minutos, las horas, era el final del día y estaba casi todo sin terminar. La niña de los tirabuzones de oro estaba en su habitación, sentada frente a sus libros, le esperaban muchos deberes, quizás demasiados para su momento de madurez. Los problemas de matemáticas se convertían en letras unidas formando palabras que no encontraban solución. Entre bostezos, el sueño la derrotaba, se iban llenando las letras y los números que faltaban y que sus manos apenas podían hacer. Caía rendida en la cama. La lucha de hoy había terminado pero esta lucha con los deberes era todos los días.

Llegaba el nuevo día. Comenzaba la lucha “no quiero ir al colegio....Tengo que ir”. Todo lo hacía con lentitud, venían las prisas, los nervios. Se ponía de prisa su abrigo, cogía la mochila, ayudada por su padre, unos besos de despedida y a coger el autobús. La vida transcurría con agobio y cierta desesperación, sobre todo para su madre, porque la lucha con los deberes de su hija, era todos los días. A pesar de ello, la niña de los tirabuzones de oro nunca faltó al colegio, nunca emitió un lamento.

Con paciencia, con mucha paciencia, se iba soportando este pesar diario.

La niña seguía creciendo preciosa, con sus tirabuzones de oro, su gran sonrisa, sus manos inquietas, su respirar profundo, era cotidiano, no estaba feliz en el colegio. Se iba acercando el final de curso.

Lo tenía difícil, muy difícil, para pasar de curso y así fue la realidad, no pudo superarlo.

Encontró al acabar estos meses, una persona que podía ayudarla, sobre todo en la tarea de los deberes, pero también en lo que más necesitaba, una gran dosis de confianza y seguridad.

Poco a poco congeniaron, hacían los deberes y parecía que todo iba superándose y cada día el trabajo, se iba haciendo con puntualidad.

Juntas caminaron curso tras curso. Las manos estaban sueltas para arreglarse la melena de tirabuzones de oro. Su sonrisa era más natural, ya no necesitaba respirar profundamente. Cada vez que podía levantaba la mano en clase para preguntar dudas, contestar a preguntas de los profesores, miraba con la cara alta, limpia, sin nervios, aunque alguna que otra vez le traicionaba la inseguridad, contra la que luchaba frecuentemente porque era su meta a vencer.

Su sombra, como ella llamaba a la profesora de casa, iba poniendo más orden, más control en su trabajo y más ilusionada, más apoyada, más segura en ella misma iba superando los cursos.

Fue una experiencia nueva su llegada al Instituto. Ya es mayor. Tiene nuevas amigas. Ha crecido mucho. Sigue tan preciosa como siempre, mas con unos cuantos años recorridos y continúa sonriendo. Sus carcajadas la identifican en el grupo en el que se encuentra. Pero ese instituto la ha sentado fenomenal; va sola a casa, entra y sale a su hora. Ya no hay prisas, ni agobios; sus padres van tranquilos a sus trabajos y ella es responsable.

Cuando llega a casa, hace sus deberes. Se sienta tranquila, sin prisas. Se concentra en su trabajo, estudia unas horas. En su horario tiene anotados algunos hobbies, uno de ellos es el baile. Allí, además de bailar pone en funcionamiento su cámara. Saca fotos de su grupo; a ella también le hacen algunas. Y como es habilidosa se las hace a sí misma y siempre sonriendo, feliz y con ligeros movimientos de sus tirabuzones de oro.

Ha encontrado amigas y han hecho una piña. Se lanzan, pasados unos meses a hacer un vídeo sobre ecología y esa niña tímida, nerviosa que parecía retraída, dirige y organiza a sus compañeras para realizarlo bien; puede que recibiera una ayuda orientadora. Obtiene una buena puntuación.

A esta obra preciosa, a esta manera de crecer, de hacerse independiente, de estar más segura de sí misma, se lanza con sus amigas a hacer vídeos. La preparación la hacen, casi siempre, en su casa. Todo es un jolgorio, risas. Pasados unos minutos, el silencio reina entre ellas: están estructurando su trabajo, sólo se oye un murmullo. Tienen el ordenador, buscan y buscan material para su trabajo. Lo ordenan y lo graban. Presentan en clase su trabajo y siguen ganando puntos. Cada vez son más creativas, más seguras de sí mismas, se sienten satisfechas. Dispuestas a colaborar con los trabajos que proponen los profesores y éstos a su vez sienten con gusto la participación en las materias. La “directora” de todas estas tareas es nuestra niña desconocida, la de los tirabuzones de oro, ¡¡ya!!.

Como es fuerte, al acabar un curso fue a su antiguo colegio a saludar a sus profesores. No la conocen tampoco: es desenvuelta, decidida, se explica, expone sus

ideas, con respeto y con verdad, hace entender a sus profesores que con ella se equivocaron. Mientras sus profesores no salen de su asombro, por el cambio que se ha producido, en la niña de tirabuzones de oro, en tan sólo un año y algo más. Ella también está bombardeada por los sentimientos que creía olvidados y al llegar allí, aparecen: “no valgo tanto, no soy del grupo de las mejores, no sé para qué me esfuerzo, no me animan con palabras o gestos...”. Sin embargo, a la vez, le surgen otros pensamientos, muy distintos: Yo puedo, me valoran, me animan, ¿Quiénes? Mis padres, mis profesores, mi “sombra”, yo misma. Me veo como el resto de mis amigas, saldré adelante. Ellos no me descubrieron. Y los sentimientos primeros desaparecen para en cuestión de segundos, vencerlos y salir sonriendo. Da un giro a su cabeza y su pelo ensortijado y brillante, junto a sus carcajadas y espontaneidad, se lanza a hacer fotos, se siente tranquila y feliz..... Ha aprobado todos los cursos, con buenas notas. Lleva su máquina en las manos, aquellas que estaban atadas por la inseguridad y timidez, por la incertidumbre, y hace fotos y más fotos. Aquí y allá, a los pequeños, a los mayores, a los profesores, a los rincones de su antiguo colegio y con la mirada puesta en el objetivo, dice adiós, mientras agita con una de sus manos y con su sonrisa y sigue haciendo la película.

Llega a casa, ha hecho una película preciosa de su pasado, donde dio los primeros pasos, pero esto pasó hace años, muchos años, para quien tiene una decena y no llega a la segunda, de edad.

Hace vídeos, pequeños cortos con sus amigas. Han hecho cosas personales, familiares y de grupo, con estilo, donde intervienen todas sus amigas, cada una con su personalidad. Han hecho calendarios para cada una, con sus propias interpretaciones: alegría, sonrisa, diversión, sorpresa...incluso en este año 2014. Cada mes expresa algo especial y está realizado con su personalidad individual.

Cada vez son más mayores, más seguras, su amistad les ha ayudado a crecer a cada una con su singularidad.

Tienen un mundo por delante y en sus caras lo reflejan. Pero a ella por mucho que la miro, sí, cuando miro a la de los tirabuzones de oro casi no la conozco, no se parece en nada a la niña que conocí. Sigue siendo alta, esbelta, dulce, siempre sonriendo, con las manos desatadas, dando órdenes y dirigiéndose a su trabajo feliz.

No la hubiera conocido si no llego a verla entre sus familiares, por lo desenvuelta que es, con su máquina entre sus dedos, donde quiere captar la mejor postura, el mejor perfil, el mejor punto de luz del rostro al que está fotografiando. Es una niña desconocida que está triunfando, se ha hecho a sí misma superando los contratiempos que le han puesto en el caminar de la vida, ¡¡Ha sido fuerte y valiente!! Para mí, felizmente desconocida.